

LECCIONES

DE

TEOLOGÍA POPULAR,

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, Pbro.,

VIII.

El protestantismo, de dónde viene y á dónde va.

PRECIO: 30 céntimos de real.

BARCELONA:

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5, bajos.

1876.

Es propiedad.

✓
2800-79

INTRODUCCION.

Contra el protestantismo es necesario prevenir é ilustrar la opinion de nuestro católico pueblo, y con este fin basta hacer un llamamiento, no á su antigua piedad, no á sus arraigadas convicciones, no al brillo de sus gloriosas tradiciones, sino solamente á su imparcialidad y buen sentido. Voy, pues, á decirle clara y sencillamente qué es lo que se pretende darle en cambio del Catolicismo á cuya sombra ha vivido diez y ocho siglos; voy á quitarle el embozo al huésped forastero, que con capa de amigo y aun de favorecedor quiere sentarse á nuestro lado para socavar más á su salvo nuestra fe, y más ó menos tarde nuestra nacionalidad. Deseo que nuestro pueblo, que lo forman nuestros padres, nuestras madres, nuestros hermanos y hermanas, nuestros amigos, las personas á quienes amamos, en una palabra, sepan á qué atenerse acerca el origen de esta ridicula farsa que quiere vendérsenos por *religion reformada*; que conozcan los nombres, vida y milagros de sus autores y propagandistas, lo absurdo de su principio fundamental, la variedad y contradiccion de sus doctrinas, su catecismo sin credo fijo, su moral cómoda y

sin sancion, su historia sin milagros, sus altares sin sacrificio, su predicacion sin fecundidad, su culto sin atractivo, sin poesia, sin consuelo para el desgraciado; sombrío, helado como el clima de los países en que nació, como el corazon de su desventurado apóstol Lutero.

Cuando á todas horas y en todos los tonos los hombres de cierta escuela, que ridiculamente quiere arrogarse el privilegio de procurar el bien del pueblo, están clamando que se le ilustre, que se *haga la luz* sobre todas las cuestiones, que pase todo por el crisol de la discusion; luz clamamos tambien nosotros, que somos católicos y nada más; luz sobre este nuevo enemigo, que solo á favor de la oscuridad puede medrar entre nosotros; luz á torrentes sobre su rostro, que otra arma no necesitamos para que lo sepulte en los abismos, de donde nunca debería haber salido, su propia confusion y afrenta. No entraré, pues, en el exámen de sutiles puntos de teología: el protestantismo no se nos presenta hoy como dogma nuevo que deba ser refutado, sino como sistema corruptor á quien debe arrancarse la careta. En el terreno teológico hirióle de muerte hace dos siglos el inmortal autor de la *Historia de las variaciones*; en el terreno histórico hále dado el golpe de gracia casi en nuestros dias el esclarecido Balmes. No escribo para los sábios. ¿Qué sábio, ó siquiera medianamente instruido, abrazaria hoy el protestantismo? El ateismo absoluto, con ser tan absurdo, es mas lógico y racional. Escribo, sí, para las almas sencillas y no avezadas

aun al espectáculo tristísimo de novedades religiosas; al pueblo se dirige únicamente mi voz, porque hoy por hoy únicamente al pueblo se quiere seducir, porque solo tratándose del pueblo es posible al protestantismo esta empresa.

Hijo del pueblo, como él católico, franco y desinteresado, por el pueblo y para el pueblo emprendo este trabajo, sin más guía que el Catolicismo, sin más recursos oratorios que la acostumbrada franqueza, sin más interés que el de la verdad, por la cual todos combatimos.

EL PROTESTANTISMO,

DE DÓNDE VIENE Y Á DÓNDE VÁ.

I.

¿Qué es el protestantismo?

Apurado habia de verse el protestante más ladinno para contestar á esta interpelacion, si con ella se tratase de exigirle una exposicion clara, sincera y formal de sus falsas doctrinas. Yo, que no me creo obligado á saber más del protestantismo que sus mismos doctores, no seré tampoco más atrevido, lector amigo: ¿sabes tú si es difícil explicar de un modo exacto lo que es el protestantismo? Imagina tan solo que, para intentarlo, debiera empezar por averiguar qué es lo que creyeron los protestantes del siglo XVI, y lo que despues de ellos han venido creyendo sus sucesores hasta nuestros días. Y este trabajo habia de consumirnos á ti y á mí la escasa paciencia que ya nos van dejando las sandeces de tantos adversarios nuestros. Y aparte de esta variedad de creencias, que llamaremos *sucesiva*, quedanos otra variedad de creencias, que puedes llamar, si te place, *simultánea*, es decir, la infinita

diversidad de doctrinas que á un mismo tiempo sostienen tantos centenares de sectas, que han creído poder darse cierto barniz de unidad con llamarse todas *protestantes*. Estos estudios hechos están, y si quieres enterarte de ellos con más extensión de la que consienten estos breves párrafos, te remito á la *Historia de las variaciones de la iglesia protestante*, del inmortal Bossuet, y al *Protestantismo y la regla de fe*, del famoso Perrone. Basta, pues, de esto; y pues no eres teólogo, ni pretendes serlo, ni podrias hacerte tal con la sola lectura de hojas sueltas y folleticos, hágote gracia, lector amado, de lo mucho que podría aquí decirte acerca el pecado original, el libre albedrío, la fe justificante, la eficacia de los Sacramentos y otros cien puntos de alta teología, en los cuales tropiezan y caen de bruces nuestros reformadores.

Es mi empeño conducirte por caminos más llanos y de resultado más decisivo. Busquémosle al enemigo el punto cardinal de donde arranca todo su sistema, y si lograremos dar en tierra con el cimiento, que por cierto no ha de ser tarea difícil, no ha de tardar en hundirse toda la fábrica. Y este punto fundamental, único en el cual convienen todos los protestantes, y único que por una terrible coincidencia de la lógica los trae divididos y encontrados, es lo que se llama *el libre exámen*. Y puesto que esta palabra se haya popularizado muchísimo en nuestros días, y ande ella en boca de todo el mundo, todavía no será ocioso explicártela en la acepcion particular que se le da en la cuestion presente.

Entiéndese por *libre exámen* el derecho que atribuyen los protestantes á cada cristiano de interpretar por sí mismo las Escrituras santas, sacando de ellas por su propia interpretacion y autoridad lo que debe creerse y practicarse á fin de conseguir la eterna salvacion. Principio absurdo, ya se atiende al modo con que dejó Jesucristo al mundo su doctrina, ya á los mismos desengaños que de él han recibido los mismos protestantes, ya á lo que nos dice en este particular el solo sentido comun.

Vamos á lo primero. Jesucristo estableció su Religion fundándola sobre la autoridad y no sobre el libre exámen. ¿Sabes lo que significa la palabra fe? Creer por el solo testimonio de Dios. Mientras anduvo Él mismo en persona sobre la tierra, fue Él quien ejerció esta soberana autoridad. Jesucristo no discutió con las turbas ni con los fariseos, no les dió á examinar su doctrina; la anunció categóricamente como verdadera, y como tal la impuso y obligó á creerla. No cuidó poco ni mucho de probarla con sutiles argumentos. Probó, sí, su mision, su autoridad; pero una vez supuestos estos principios, habló como Dios, sin dar en favor de su doctrina otra garantia de verdad que la de ser suya. *Ego autem dico vobis*: Mas Yo os digo á vosotros (1), esta es la firma y como el sello con que autoriza sus preceptos en el bellissimo sermon del monte, en el cual opone su autoridad á la de las tradiciones farisáicas, resplandeciendo á vueltas de la ce-

(1) Matth. v, 22, 28, 32, 29, 44, etc.

lestial mansedumbre que acompaña sus palabras, su carácter de único Maestro y Legislador de un modo que á nadie se oculta.

Empero, hé aquí que Jesucristo va á terminar su mision sobre la tierra. Hételo en la cima de aquella santa montaña, próximo á dejar á los suyos y volver á su Padre. ¿Crees tú que dijo entonces á sus discípulos: Proponed esta doctrina al mundo; que la examine, que la discuta? No, amigo mio, no; sino: *Id y enseñad á todas las gentes* (1)... *Quien no creyere se condenará* (2). Es decir que prescribió á sus discípulos, á la sociedad que dejó fundada sobre la tierra, á la Iglesia, en una palabra, la misma norma de conducta que habia seguido Él durante su vida mortal, y la Iglesia siguió en este punto como en todos los demás las huellas del divino Maestro. En este tono de autoridad habló á los príncipes de los judios (3); en este tono pronunció su primera decision en el concilio de Jerusalem (4); en este tono anunció el Evangelio á los filósofos del Areopago (5) y de Roma; y dócil á esta intimacion, el mundo no aprendió á examinar y á discutir, sino á creer. Y nota que cuando rezas el Símbolo ó *Credo*, que te han transmitido los siglos desde el tiempo de los Apóstoles, no dices: *Pienso, opino, estoy convencido, etc.*, sino *Creo* en un Dios; es decir, que haces un

(1) Matth. xxxviii, 19.

(2) Marc. xvi, 16.

(3) Act. v, 30, 31, 32.

(4) Act. xv, 28.

(5) Act. xvii, 22, etc.

acto de fe, no un acto simple, resultado de un examen, sino un acto de fe al cual has de llegar por el camino de la sumision, no por el de la discusion. Y si creyeres las verdades de la fe solo por hallarlas racionalmente creibles y por nada más, no serias cristiano, amigo mio, sino á lo más un buen filósofo, que con todas tus filosofías caminarias derecho á tu eterna ruina. Creemos, pues, no porque hayamos examinado y discutido, sino porque hemos obedecido y nos hemos sujetado. Recuerda la significativa palabra con que expresa esta sujecion el Apóstol de las gentes: *In captivitatem redigentes omnem intellectum in obsequium Christi*. «Reduciendo, dice, á cautiverio todos los entendimientos en obsequio á Cristo.» (*II Cor. x*). Cautividad llama á la sujecion de la fe. Cuando, pues, se echa en cara á la Iglesia que *esclaviza* la razon humana, no hacen nuestros adversarios otra cosa más que traducir exactamente aquella palabra del Apóstol. Tienen razon: somos esclavos; lo somos empero de Cristo, y por lo mismo de la verdad. ¡Feliz servidumbre! Esta es la idea que nos dan de la fe y de su predicacion por Cristo y por los Apóstoles los libros todos del Nuevo Testamento.

Pues bien: cata ahí que, despues de largos siglos de Cristianismo creido y practicado en este sentido, aparece un hombre, Lutero, cuya historia prometo, público amigo, contarte muy luego, y no ha de ser la parte menos divertida de este opúsculo. Aparece Lutero, y desentendiéndose de cuanto habia creido y practicado hasta él una tradicion de diez y seis

siglos, apoyada por tantos Padres como la honraron con su santidad y la ilustraron con sus plumas, por tantos Doctores como la defendieron con todos los recursos de la misma humana filosofía, por tanto millon de Mártires como la confesó á costa de su sangre generosa, da un grito de reforma, así llama él á su rebelion, y se propone enmendar la plana nada menos que al mismo autor de la Iglesia, Jesucristo. Sé que me responderás que no pretendió tanto; empero ahí están las obras, que hablan con más elocuencia que las palabras. Cristo habia dicho á los fieles: Creed. Lutero les da un libro y les dice: Examinad. Jesucristo habia dicho: *El que no oyere á la Iglesia sea tenido por gentil y publicano* (1). Lutero les dice: Leed las Escrituras, y lo que en ellas encontrare vuestra interpretacion particular, esta sea vuestra fe y vuestra moral.

Y sucedió lo que natural y lógicamente habia de suceder, y ahí tienes la segunda razon que condena por absurdo el principio del libre exámen, esto es, la histórica, así como la primera ha sido puramente bíblica. Lutero leyó en las Escrituras que podia muy bien sacar de un convento á una desdichada y unirse en infame concubinato con ella, y el monje reformador y la monja reformada aparecieron casados por tan sencillo procedimiento, á pesar de sus votos de castidad. Enrique VIII leyó á su vez que podia muy á menudo cambiar de mujeres con el socorrido recurso de repudiarlas, y lo hi-

(1) Matth. xviii, 17.

zo repetidas veces con la mayor franqueza del mundo. Los anabaptistas, precediendo solo de tres siglos á nuestros socialistas, leyeron que podian incendiar los castillos y repartirse las propiedades, como esperan hoy tantos republicanos de *buena fe*, y empezaron su tarea de incendio y distribucion con tan gentil talante, que hubieran destruido el pais á no haberles salido al encuentro la espada gloriosa de Carlos V, como hoy la artillería de los Gobiernos. Y desde entonces no hay disparate politico y religioso que no haya encontrado su sancion en el *libre exámen*. Unos creyeron por él inútil todo culto, y lo abolieron; otros ridicula la misa, y la quitaron de en medio; otro creyó poder pasarlo tan tranquilamente sin el infierno, y lo negó; otro modernamente ha creido que hasta Jesucristo (ridícula blasfemia) estaba de más en su cristianismo, y lo ha declarado un *mito*, esto es, una fábula ó una leyenda.

¿Qué tal, amigo mio? ¿va ó no pareciéndote esto una religion? ¿tiene trazas de ser siquiera un mediano sistema filosófico? ¿No es verdad que el *libre exámen*, mejor que fundamento de una religion, puede y debe ser llamado disolvente universal de toda religion y de todo sistema? Claro está. Suponen siempre estos un punto de partida fijo, inmóvil y determinado, aceptado y respetado por todos. ¿Cómo puede darse este punto fijo si todo es discutible, y de consiguiente dependiente de la apreciacion de cada cual, y por lo mismo siempre incierto? Religion supone cierta union de muchos en

creer y practicar lo mismo. ¿Y puede, dado el libre exámen, encontrarse, no ya una multitud, sino una familia siquiera que pueda comprometerse á creer y practicar siempre lo mismo?

Quiero que veas más de relieve estas observaciones con un ejemplo que, al mismo tiempo que te ponga más á los cabos de lo que tratamos, te sirva de agradable pasatiempo, y sea la tercera razón que condena por absurdo el libre exámen, esto es, la de sentido común. Supon por algunos momentos que en una nación (república ó monarquía ó lo que fuere) se establece un gobierno que por único modo de gobernar se contenta con formular la ley; traducirla en los varios dialectos del país, imprimirla con esmero, encuadernarla si quieres hasta con elegancia, y distribuirla luego como pan bendito entre los vasallos; diciéndoles estas ó parecidas palabras: *Ahi teneis vuestra ley. Fija es, empero es libre su interpretacion.* ¿Parécete, amigo del alma, que habia de dar grandes resultados en favor del orden este sencillo y económico sistema legislativo? Y si no quieres tomar las cosas tan al por mayor, fijate en cualquier bando de buen gobierno, ó reglamento de policía de los muchos que tienes á mano en cada localidad; y de los que te ofrecerá abundante y divertida cosecha cualquier alcalde en nuestra ilustrada nación. Déjese al libre exámen ó interpretacion del público el contenido de tales disposiciones. ¿Crees tú que se hallará jamás quien pueda ser multado por infractor, aunque se le coja con las manos en el cuerpo del delito? Si cada

cual puede interpretar el bando á su gusto, ¿hallaríanse jamás dos que lo entiendan de una misma manera? ¿O será álguien tan necio ó tan escrupuloso que no acierte con alguna interpretacion benignísima que le excuse? Es evidente que no. Pues bien. Por esto la autoridad, cualquiera que sea, monarca ó presidente de república, corregidor ó alcalde popular, al formular la ley se reserva su interpretacion y no la sujeta al libre exámen de sus subordinados. Y á tenor de la interpretacion oficial exige se entienda y se obedezca, no en la de los particulares. Hé aqui, pues, como los mismos que tal vez desean el libre exámen aplicado á la ley religiosa, lo declaran de hecho incompatible aun con la misma ley humana. Y cuenta que debería de ser siempre de más fácil aplicacion á la ley humana que á la ley y á la doctrina divinas, más ocasionadas que otra alguna á las interesadas cavilaciones de los hombres. Si yo digo: *No hurtarás*, y permito interpretar segun el libre exámen esta prohibicion, yo te lo fio, no habrá ladron ni salteador de caminos que se crean culpables de hurto. Y ¿qué será si pasamos á otros puntos ó menos explicitos ó más vidriosos? Curiosos habian de ser los *distingos* con que interpretarían nuestros calaveras el *enojoso* sexto mandamiento. Desengañémonos; el solo sentido comun resuelve esta cuestion á favor de la doctrina de la Iglesia católica. Muy sábiamente, pues, muy filosóficamente, si cabe aquí esta calificacion humana, ha establecido Jesucristo que la autoridad encargada de anunciar su ley y su doctrina tenga ella sola el pri-

vilegio de exponerlas é interpretarlas. Y por esto la Iglesia se reserva la interpretacion de las Escrituras, con tanta ó mayor razon que el Estado la de sus códigos, dejando una parte á la interpretacion científica de los teólogos, como el Estado deja algo de sus leyes á la interpretacion científica de sus jurisconsultos.

¿Por qué razon, pues, lo que tan natural se halla en la sociedad civil, ha de querer presentarse como absurdo en la sociedad religiosa? Y si el libre examen lo hemos encontrado ridículo aplicado á las leyes humanas, ¿por qué no ha de serlo tambien aplicado á las divinas? ¿Será tal vez que en estas ofrezca menos dificultades la interpretacion? Absolutamente lo contrario. Las cuestiones son aquí profundísimas, el estilo simbólico y lleno de misterios, el idioma original conocido tan solo de los más sábios, el texto entero sembrado de modismos y alusiones que al lector vulgar son de todo punto incomprensibles. Y este libro, en cuya inteligencia se ha ejercitado la paciente erudicion de tantos comentadores, ¿quieren nuestros reformadores que se le dé por única ley y única guia al niño y á la mujer del pueblo, y al menestral y al crudito á la violeta? Tanto valdria (y permíteme, pueblo amigo, lo rastrero de la comparacion), tanto valdria suprimir de una vez los maestros de primera enseñanza y contentarse con dar á los niños abundancia de cartillas soberbiamente impresas y encuadernadas. ¿Crees tú que bastaria esto para que tu hijo aprendiese á leer, si no le ponias al lado quien le descie-

frase el enigma de aquellos para él misteriosos jeroglíficos? Haz la experiencia, y si por este nuevo sistema consigues que llegue á deletrear tu alumno, dóytele de buena gana la enhorabuena, y licencia además para que con sola la Biblia conviertas é instruyas al universo entero. Harás entonces lo que no hizo el mismo Jesucristo con ser el Hijo de Dios.

¿Empiezas, pues, á comprender ya todo el valor de aquellas pomposas palabrotadas de *libre exámen*, *libertad de pensar*, *derechos de la razon*, y otras tantas frases de ocho palmos, *sesquipedalia verba*, con que nos atruenan constantemente nuestros hermanos libre-pensadores? ¿Has visto tú en toda la historia de la filosofía, desde sus primeros albores hasta su actual decadencia, quien para aprender á pensar no empezase á esclavizar su pensamiento? El estudio de toda ciencia exige en su principio uno ó muchos actos de fe. ¿Te sorprende esta proposicion? Pues óyeme atento. El que estudia historia ¿no empieza por *creer* ó tener fe en la autoridad de los libros y de su profesor? El que se dedica al derecho ¿no ha de aceptar como indiscutibles ciertas bases, so pena de no poder dar un paso en la ciencia? El físico ¿no ha de principiar por admitir la existencia real de los cuerpos sin que nadie se la pruebe? Nacido hemos para la fe. ¿Cómo afirmas que eres hijo de tu padre sino por un acto de fe? Aun en las operaciones de nuestra vida mecánica y material, ¿á ver cómo te las compones sin fe para ser buen herrero, buen sastre ó buen albañil? Dale á tu aprendiz las herramientas del oficio,

déjale sin más guía que el libre exámen, y dejámonos clavar en la frente los progresos todos de tu aprendiz. Y lo que aplicado á cosas tan triviales ofrece tan tristes resultados, ¡esto se quiere, vive Dios, que baste y sobre para conducirnos por el azaroso y desconocido sendero de nuestro último fin! ¡Y á tan peligroso consejero hemos de fiar la tranquilidad de nuestras almas, la seguridad de nuestras conciencias, el mútuo respeto de nuestros derechos, la paz de la vida, el éxito de la muerte, la suerte por fin de toda una eternidad!

Ahí tienes, pues, desenmascarado el protestantismo por la sola razon medianamente ilustrada, y aun por el sentido comun. No he acudido para impugnarle á las bien templadas armas que ofrece la ciencia teológica. He procurado no olvidar que escribia para tí, pueblo español, tan digno de mejor fortuna. Católicos españoles, va á tendérseos un lazo fatal. Pesad y meditaad sincera y detenidamente las precedentes reflexiones. ¿Quereis ser lógicos? ¿Quereis ser verdaderamente racionales? ¿Quereis ser hombres de sentido comun? Una voz muy autorizada é imparcial lo dijo con felicísima elocuencia: O Catolicismo ó ateismo. Antes ateos que protestantes.

Esto es, pues, lo que debe pensar del libre exámen todo criterio recto é imparcial. Queda aun, para confundir al protestantismo, otra reflexion que no haré más que apuntar ligeramente.

Demos de barato que sea el libre exámen el procedimiento más regular y lógico para llegar al com-

pleto conocimiento de la verdad en materias religiosas. Creamos de buena fe que nada deponen contra él la sana razón, la historia y el simple buen sentido: prescindamos, en una palabra, de estas zarándajas á las cuales dan sin duda poquísima importancia nuestros enemigos, segun pasan por encima de todas ellas. Concedamos que con solo una *Biblia* y su soberana razón individual pueda cada hijo de vecino darse á sí mismo satisfactoria solución en todas las cuestiones que pueden desasosegarle. Dígannos por Dios; esta Biblia, este libro precioso que amamos y respetamos más que ellos, ¿de quién la han recibido? Cuando en el siglo XVI alzó Lutero el grito de rebelion y de independencia, ¿quién le dió á conocer las Escrituras? ¿De quién supo que contenian la palabra de Dios y que procedian de la inspiracion del Espíritu Santo? ¿Quién le respondia de su autenticidad? ¿Quién de su integridad? En una palabra, ¿por medio de quién alcanzó todo lo que supo de este divino libro? No fué seguramente por revelacion especial de Dios. Nunca el reformador pretendió haber recibido tales favores del cielo, ni jamás quisieron atribuírselos sus discípulos. Tampoco pudo obtener aquel conocimiento por el mismo protestantismo, que aun no existia, á no ser que se diga que el fundador no fué en todo anterior á su obra. Solo, pues, de la Iglesia católica, de la tradicion eclesiástica pudo heredar aquel sagrado depósito, que convirtió en arma contra ellas; es decir, que si tuvo las Escrituras fué solo por la autoridad de la Iglesia; si las creyó divi-

nas fué solo porque se lo habia dicho la Iglesia; si las declaró inspiradas fué solo porque la Iglesia le daba testimonio de esta inspiracion. Es decir, para que más palpable se vea la contradiccion: alzóse combatiendo la autoridad de la Iglesia por medio de las Escrituras, al mismo tiempo que admitia como único testimonio de la verdad de las Escrituras aquella misma autoridad de la Iglesia. ¡Ridicula independenciam! Es como si le dijésemos á un amigo ó enemigo nuestro: Me engañas, no dices la verdad. Y ¿por qué? porque una carta que acabas de enviarme me lo asegura. ¡Soberbio raciocinio por vida de los siete sábios! ¿Con que te engaño? podria respondernos. ¿Por qué, pues, crees tan á pié juntillas lo que te dice *mi* carta, que al fin es cosa mia y puede engañarte? Y si no crees en ella, ¿cómo la citas por prueba de mi falsedad? Por donde el que quisiere confundir á todos los protestantes desde Lutero, pregúnteles tan solamente: ¿Creeis en la divinidad de las Escrituras? ¿en su autenticidad? ¿en su integridad? Si, os dirán, y este es nuestro único fundamento. Pues bien, conste que vuestro único fundamento lo debeis á la Iglesia católica; conste que en esto admitís por bueno su testimonio; conste que sin él no podeis dar siquiera el primer paso, pues sin la autoridad de la Iglesia católica nada sabríais de las Escrituras, ni el número de sus libros, ni su inspiracion, ni siquiera su existencia. Negais vuestro crédito á la Iglesia apoyándoos en un documento que ella os ha dado, y que solo admitís porque lleva su firma.

No podeis, pues, ser lógicos protestantes sin admitir la autoridad de la Iglesia católica, ó lo que es lo mismo, no podeis ser protestantes sin dejar de serlo, que era el absurdo que se debía demostrar.

II.

Que el protestantismo como sistema de doctrina y de moral sea á todas luces absurdo y monstruoso, vistelo, lector amigo, en el párrafo anterior. Por lo que ahora voy á mostrarte verás lo que es el protestantismo en su culto, y como por la absoluta carencia de él es indigno que se le dé el nombre de *religion*. Y cierto, no en el sentido en que comunmente se dice que las falsas religiones no pueden ser llamadas con este hermoso nombre, lo cual no pasaria de ser aquí una perogrullada, sino en el de que, aun queriendo conceder á la idolatría y al mahometismo el nombre de religiones (falsas por supuesto), todavía ni en este concepto podríamos concedérselo al protestantismo; es decir, condenando nuestra idea en una fórmula, si quierdes, con apariencias de paradoja: el protestantismo no es siquiera una falsa religion. No te parezca que prometo demasiado, ni condenes sin haber leído. A imitacion de aquel héroe ateniense que dijo á su adversario: «Pega, pero escucha;» diréte yo en este dia: Búrlate cuanto quieras; pero lee, y falla despues.

Una religion, cualquiera que sea su origen, su fin y su naturaleza, es para el hombre. ¡Magnífica

vulgaridad! exclamarás. Concedido: lo cual no impide que sea á la vez magnífica y vulgarísima verdad. Demos, pues, un paso más. Si la religion es para el hombre, es sin duda para *todo* el hombre. ¿Ríeste otra vez, lector amigo? Pues bien, no echés en olvido estos cabos sueltos, que aplicados luego al adversario que combatimos, nos darán la medida de su verdadera importancia, ó mejor de su verdadera nulidad como religion. ¿Por qué? porque si llego á probarte que el protestantismo no es para el hombre, porque no satisface á *todo* el hombre, habré demostrado que la tal secta no puede ni siquiera ser llamada una falsa religion.

¿Qué es el hombre? Si con el sentido comun te respondiese que es un compuesto de alma y cuerpo, podrias contestar que eres materialista, y que *eso* del alma es para tí objeto de cuestion, ó cuando menos de dudas, dudas y cuestion en cuyo exámen no me toca entrar por ahora. No hablemos, pues, del alma; bajemos al terreno que admiten todos nuestros adversarios, ya que así lo exigen; ¡mal pecado! los tristes adelantos de nuestra menaguada filosofia. ¿Admites en el hombre cabeza y corazon, ó sean pensamiento y sentimiento? No puedes negarlo, so pena de negarte á tí mismo. Pues bien; la secta, cualquiera que sea, que no intente — advierte que no digo que *no alcance*, hasta por ahora exigir que lo *intente*, — la secta que no intente satisfacer á estas dos partes del hombre en sus respectivas necesidades, es decir, á su necesidad de pensar y á su necesidad de sentir, no es para *todo*

el hombre; no es, pues, para el hombre; no se engalane, pues, con el pomposo nombre de religion, que no se ha hecho para ella. Explanemos algun tanto estas ideas, y apliquémoslas de lleno al protestantismo.

Si fuese el hombre pura inteligencia, bastariale el solo conocimiento de la verdad monda y desnuda, y en la contemplacion de ella cebariase su ardiente anhelo con entera satisfaccion, sin necesidad de otro cualquier atractivo. Empero, en el estado actual de nuestro sér, ¿qué prestan á nuestro pobre corazon sediento de belleza, de amor y de consuelo, las verdades más sólidas y lógicamente encadenadas si nada más las acompaña? El sistema filosófico mejor cimentado ¿será poderoso para enjugar una siquiera de nuestras lágrimas? ¿Las máximas de la razon más ilustrada ¿bastarán para devolver á nuestra alma la paz y la serenidad que hubiéremos perdido por alguno de los inevitables accidentes de la vida? Y si estas máximas, por ser de un órden sobrenatural, tuviesen tal eficacia que pudiesen ellas por si solas ejercer en nuestro corazon tan saludable influencia, ¿podrá retenerlas, ó siquiera comprenderlas el pueblo (que en estas materias lo somos todos), si no hay quien ante sus ojos las presente constantemente, ó revestidas de forma sensible por medio de símbolos, ó realizadas en la misma vida práctica por medio de ejemplos, ó de cualquier otro modo capaz de herir con fuerza la imaginacion, apoderarse luego del corazon y permanecer fielmente grabadas de un modo inde-

leble en el entendimiento? Pues bien: hé aquí, entre otros muchos, el objeto principal del culto; del culto primera condicion de toda religion que quiera vendérsenos por verdadera, porque tal es la primera necesidad del hombre, considerado, no ya como católico ó judío ó mahometano, sino simplemente como animal religioso.

Tenemos, pues, amigo lector, al protestantismo convicto y confeso de no comprender al hombre, de no ser para *todo* el hombre, de no poder, de consiguiente, llamarse religion (verdadera ni falsa), porque hora es ya de que lo sepas si hasta el presente pudiste tal vez ignorarlo: *el protestantismo no tiene culto.*

—¿Cómo? saltará álguien cogiéndome al instante la palabra. ¿No tiene culto, decís? Pues ¿y sus templos? ¿sus ministros? ¿sus reuniones religiosas?

—Calma, calma, amigo mio. No tiene culto, he dicho, y no tengo reparo en repetirlo. Gravísima es la asercion; razon de más para que me reconozca obligado á no escasearte las pruebas. Allá van.

¿Sus templos? Vamos á ver: ¿tendrás valor para llamar templo á un recinto más ó menos espacioso, más ó menos cómodo, en donde nada te habla de Dios, en donde no hay altar, en donde, si le hubiese, estaria ciertamente muy por demás, porque tampoco hay sacrificio que ofrecer en él; en donde no hay una pintura, ni hay una estatua, ni un relieve siquiera que exciten tu piedad ó te conviden á la práctica de las buenas acciones? Si esto es templo, ¿en dónde está el Dios que en él se ado-

ra? Y si es templo sin Dios, ó lo que es lo mismo *casa de Dios* sin Dios, ¿por qué no se llaman con igual hermoso nombre el salón de baile y la lonja de los comerciantes? ¿No le aventajan tal vez en capacidad, en riqueza de ornamentación é indudablemente en concurrencia?

Un amigo nuestro (y cierto más chistoso que devoto) solía decirnos que los templos protestantes, que por mera curiosidad había visitado durante sus viajes, le habían producido siempre la impresión de templos profanados. ¿Has visto jamás tú un templo católico profanado? Sin duda que sí, por poco que hayas recorrido desde el 33 acá las provincias de nuestra patria. Al poner el pie en los umbrales de uno de esos lugares, consagrados un día á la Religión y convertidos en cuarteles, pajares ó cosa peor, ¿qué ha sentido allí tu corazón? Tal vez la parte material del edificio queda aun en estado de conservación; aun se quiebra la luz en los variados colores de la vidriera; mudo el órgano á un lado parece aguardar tan solo, como en mejores días, las ágiles manos del artista para soltar de su seno torrentes de religiosa armonía; aun permanecen en sus respectivos huecos los altares; los robustos arcos y elevadísimas bóvedas guardan aun su imponente inmovilidad y su eterno equilibrio. Nada al parecer falta allí. ¿Por qué, pues, al penetrar en este recinto no llevas instintivamente la mano al sombrero para descubrirte? ¿por qué no acude á tus labios el rezo cristiano? ¡Ah! Es que á vueltas de la admiración que en tí produce el monumento

artístico, siente al momento tu alma la ausencia de la Religión que santificaba aquel lugar, y que ahora lo ha abandonado. Ya no arde al pié del tabernáculo aquella lámpara solitaria que recordaba la presencia de Dios allí escondido. Ya no te contemplan desde sus nichos las imágenes de María ó de los Santos, recordándote á cada paso las verdades, ya dulces, ya aterradoras, de nuestra fe. Ya no es aquella la casa de Dios. La mano del hombre ha lanzado de allí el asiento de la Divinidad.

Pues bien: hé aquí lo que brilla de un modo elocuente en los templos llamados protestantes, la ausencia de Dios. Sigue, pues, si quieres, llamando á eso un templo. Todas las naciones y todos los siglos paganos, mahometanos y católicos han dado á esa palabra otra significacion muy distinta. El sentido comun te dice, pues, que los protestantes no tienen templo.

¿Sus ministros? No puede haberlos ciertamente donde no hay ministerio que ejercer. ¿Estás conforme con esta proposicion? No puedes menos. Oye, pues. No hay sacrificio que ofrecer, porque la misa fué abolida: no hay Sacramentos que administrar, porque el buen luterano se rie de ellos: la predicacion es inútil si cada protestante puede bastarse á sí mismo con su Biblia en un bolsillo y el libre exámen en el otro. ¿Qué le queda, pues, que hacer al ministro? ¿Cuál es su mision? ¿Cuál es su ministerio? Nada absolutamente. Casi se concibe perfectamente cómo puede ser casado sin la menor dificultad el ministro reformado. Ninguna de sus

funciones exige para su mejor desempeño la castidad, porque en rigor ninguna funcion hay que ejercer. En el púlpito se le ve una vez cada semana, interpretando en virtud, no de su ministerio, sino de su soberana razon libre, la sagrada Biblia, que cualquiera de sus oyentes puede á su vez interpretar, en virtud tambien de su soberana razon, tan libre é inspirada como la de su pastor. Bien hace, pues, en no llamarse sacerdote, ni vestir como tal, ni distinguirse por su estado de los seglares, pues al fin no se diferencia de ellos. No le busques, pues, en el altar, ni al lado del moribundo, ni en las penosas tareas de la catequística. Contémpplale del brazo de su mujer en los paseos y teatros de la ciudad. Vive como debe. Es la personificacion de su secta. Mejor dicho, es epígrama viviente de su clase. El protestantismo, pues, no tiene sacerdotes.

¿Sus actos religiosos? ¡Ah! no hables de ellos en plural, porque los protestantes no reconocen más que uno, la predicacion. Para esto solo se reunen, para esto solo observan el domingo, para esto solo tienen sus llamados templos. Y aun esa predicacion, que contradice abiertamente, como has visto ya, la teoria del libre exámen y de la inspiracion individual, esa predicacion, ¿crees, hermano mio, que ha legado á la admiracion de los siglos Cuaremas como las de Bourdaloue y Massillon, oraciones fúnebres como las de Bossuet, brillantes y persuasivas improvisaciones como las de nuestros Ávilas y Granadas, conferencias filosófico-teológicas como las de nuestros esclarecidos contemporáneos de

Nuestra Señora de París? Una secta que hace consistir todo el ser y sustancia de su culto en la predicacion, debiera ofrecer en la historia de las letras sagradas monumentos de gran valía, como los ofrece el púlpito católico de todas las naciones. ¿Qué causa, pues, condena á la esterilidad á los ingenios protestantes? ¿Cuál puede ser, amigo lector, sino el mismo espíritu helado de esta secta que nada le dice al corazón, ni aun á los ojos, cortando de consiguiente el vuelo á la imaginacion y al sentimiento, para que no puedan espaciarse jamás en las regiones de la verdadera elocuencia? Justo es que á una religion sin imágenes ni altar corresponda una oratoria fria y descolorida, sin fuego ni unción, y en la cual lo atildado de las formas académicas baste apenas á encubrir la pobreza y palidez de los conceptos. Pues bien, si en esto consiste todo el culto de los protestantes, bien puedes afirmar, sin temor de que nadie te contradiga, que los protestantes no tienen culto.

Vuelve ahora los ojos, católico pueblo español, al culto de tus padres, que la moderna *ilustracion* te convida á sustituir por esa secta advenediza cuyas lindezas acabo de referirte. Demos que no seas fervoroso; más aún, concedemos que seas hasta indiferente; como no tengas de todo punto cerrado el corazón á las inefables emociones de lo bello, te pido que con solo tu buen sentido seas el juez que falle en este litigio. Compara religion con religion, aun sin fijarte más que en esa cubierta exterior que llamamos culto. Tiende una rápida ojeada sobre

nuestro calendario católico. El año es para el pueblo como riquísima galería, y cada festividad viene á ser en ella un cuadro espléndido, en cuya meditacion puedes apagar tu sed de verdad, de moralidad y de belleza, porque nuestras festividades ilustran el entendimiento á la vez que mejoran el corazon y rodean de encantos nuestra existencia. Por ella han llegado á ser nociones eminentemente populares los misterios más recónditos de la fe y lo más sublime que apenas alcanzaron á columbrar los filósofos del paganismo. Por ellas han venido á serte *familiares* los héroes más esclarecidos de la Religion, incluso el mismo Jesucristo y su Madre santísima, á quien nuestros niños y nuestras mujeres conocen tan de cerca como los más insignes teólogos y doctores, gozándose en festejarlos y acariciarlos bajo mil formas distintas, con infinita variedad de títulos y denominaciones, que prueban, á la par que la ternura de su devocion, la fecundidad maravillosa de la imaginacion popular alumbrada y enardecida por el sentimiento religioso. Las ceremonias de la Iglesia de tal suerte se han identificado con nosotros, que han venido á formar la parte más esencial de nuestras costumbres públicas y privadas. Las épocas del año las señalamos más bien por la cuenta de las festividades que por la de los meses y estaciones, y una gran parte de nuestro pueblo no usa otro sistema de cronologia. De tal suerte el culto ha venido á hacerse nuestra segunda naturaleza.

Atiende á nuestros templos, y á pesar de los mo-

numentos preciosos que desde el 35 acá ha destrozado la piqueta revolucionaria enemiga de Dios y del arte, todavía son los templos los mejores edificios de España, y los templos de España los mejores del mundo. En ellos encuentra á todas horas el pueblo un museo constantemente abierto, en donde se entra sin necesidad de tarjeta ó de recomendacion (no así en los del Estado); en donde se muestran á todos los ojos las maravillas del arte, por más que calumniosamente dijera lo contrario un ministro, célebre ya por el descaro de sus falsas afirmaciones. Y á pesar de la escasez de recursos que aflige á la Iglesia, gracias á tantos despojos, todavía para nosotros pintan y esculpen los mejores artistas, todavía dirigen nuestras orquestas y se sientan en nuestros órganos los mejores compositores, no cediendo en nada la música sagrada á la profana despues de la gloria indisputable de haberla formado y alimentado en su seno. Porque en nuestro culto cabe todo lo que es bello. Y así cuando la pobreza nos impide hacer alarde de bordados y piedras preciosas, todavía sabe nuestro pueblo cubrir de flores y de ramaje nuestros altares, y prestar nuestras madres y esposas sus joyas y sus adornos, como puedes verlo todos los dias.

Y todo esto porque es católico, es español, eminentemente español, tanto que el mismo ateo no puede sustraerse á su influencia, y así vese obligado á regocijarse como un niño por Navidad y á mostrarse sério y á vestir de negro por Viernes Santo. Y el mismo que hostiliza sin cesar á la Re-

ligion de su patria, hállese tan religioso á pesar suyo, que solicita el auxilio de la Iglesia para que dé realce aun á las fiestas que no sean de ella, como cuando exige se solemnice con repique de campanas bendecidas la éntrada de un héroe revolucionario ó el acto de plantarse un árbol de la libertad. Es decir, que no acierta á salir de las costumbres católicas aun cuando quiere mostrarse más anticatólico. ¡Qué mucho si nuestro culto le rodea por todas partes, como la luz misma que le alumbraba y como la misma atmósfera que respira!

Esto es tener culto, amigo mio, esto es dominar el corazon, subyugarle por completo, hacerse dueño, como te decia al principio, de todo el hombre. Dile que presente fenómeno igual en sus países el protestantismo. Observa si sus adeptos son protestantes en todo, como en todo somos católicos nosotros; católicos en el hogar, porque en torno de él reza cada dia sus oraciones la familia española; católicos en nuestras calles y plazas, que la mayor parte llevan nombre de héroes del Catolicismo; católicos en el ejército, porque es la Iglesia la que le entrega bendecidas las banderas, recibiendo en cambio de él los homenajes que para mil casos tiene prescritos la ordenanza; católicos en nuestra industria y comercio, cuyos gremios y asociaciones conservan estatutos en el fondo y en la forma impregnados de Catolicismo. Somos católicos, Dios nos perdone, hasta en nuestros vicios, como de ello pudiera citarte curiosos ejemplos. Testimonio del poder invencible de este culto verdaderamente fun-

dado para el hombre y para *todo* el hombre cuando de tal suerte se apodera de él y llega á hacerse con él una misma cosa. ¡Ah! no lo arrancará, no, de nuestro suelo ese pigmeo extranjero, condenado á serlo eternamente entre nosotros por más proteccion oficial que se le dispense. A bien que dudamos sean muchos los celosos ingleses y alemanes que se decidan á tomar por su cuenta la arriesgada empresa de predicárnoslo.

Entre tanto, lector, quien quiera que seas, si por ventura diera contigo alguno de dichos señores que, Biblia en mano, te convidare á abandonar la fe de tus padres, pídele antes algunas explicaciones sobre los puntos siguientes, resúmen y compendio de todo lo hasta aquí referido: ¿A qué templos querrá conducirte cuando te sientas con ganas de orar, que al fin y al cabo todo hombre siente una vez que otra esta dulce necesidad? ¿Qué sacerdotes te proporcionará para tu direccion, para la enseñanza de tus hijos ó para el consuelo de tu alma? ¿Qué sacramentos guarda para calmar tus remordimientos ó para endulzar la amargura de tus postreros instantes? ¿Qué sufragios para tu alma despues de la vida presente, si, como es muy fácil, tienes que guardar cuarentena, pues sabes bien que nadie puede penetrar en los cielos sino con patente muy limpia? ¿Cómo se las compondrá para dar desahogo y expansion al regocijo de tu alma en las grandes festividades? En una palabra: ¿con qué invenciones cuenta para suplir toda esa pompa católica que no solo mejora con sus frutos nuestra vida, sino

que con sus flores la consuela y la embellece? Y si á ninguna de estas preguntas sabe darte contestación satisfactoria, que de fijo no sabrá darla porque no puede, dile tú que en esa tierra de España la secta que pretende engañarnos ha de empezar por apoderarse de nuestro corazon, y que para tal empresa no se ha hecho el protestantismo. Díles que tú y tu mujer y tus hijos sentís hartó placer muy á menudo en postraros bajo las bóvedas de nuestros templos, á los piés del confesor, ante las sagradas imágenes de Maria santísima y junto al tabernáculo de Jesucristo sacramentado, para que así de buenas á primeras os resolvais á renegar de tan dulces objetos. No sucederá tal, amigo lector, y de ello damos al tiempo por testigo.

III.

¿De dónde viene el protestantismo?

Hemos examinado su constitucion, y la hemos hallado absurda. Investiguemos su origen, y le hallaremos inmundo y asqueroso. Preguntémosle por sus padres, y la historia nos dirá avergónzada sus repugnantes biografías.

Fecha de su nacimiento. Colócanla los historiadores todos, así católicos como protestantes, en 1520, en cuyo año declaróse Lutero en abierta hostilidad con la Santa Sede, quemando su bula en la plaza pública de Wittemberg. Es decir, que el pro-

testantismo lleva actualmente trescientos cincuenta y cinco años de fecha. De suerte que esta secta, que quiere arrogarse el dictado de verdadera religion cristiana, no existió en el mundo hasta mil quinientos veinte años despues de Jesucristo. Y de consiguiente, segun esta galana manera de discurrir, la hija se halla separada de su supuesto Padre por la friolera de quince siglos que median entre la muerte de este y el dichosísimo nacimiento de aquella. ¡Díme ahora, amadísimo lector, si es que tengas pecho suficientemente ancho para tragar tanto absurdo; dime por tu vida si se le ocurrió jamás á padre alguno en el mundo obtener hijos á tanta distancia!

Empero dejemos chanzas á un lado, que no sientan bien en asunto de tanta monta; dime tú, hermano protestante, ¿de veras crees que la Religion verdadera fundada por Jesucristo á principios del siglo I no apareció sobre la tierra hasta principios del XVI? Y si apareció antes, ¿en dónde estaba? ¿Tal vez en el silencio de las catacumbas, como estuvimos nosotros trescientos años? Pero nosotros no anduvimos por cierto desconocidos, sino odiados del mundo durante aquellos tres siglos de persecución; nuestra sangre corrió á torrentes por todas las ciudades del imperio; llenamos todos los calabozos; servimos de sangrienta diversion al pueblo en todos los circos; dimos ocupacion á todos los verdugos, y susto más que regular á todos los emperadores. Y á vosotros ¿en dónde se os vió? ¿En dónde estábais cuando moriamos en los cadal-

sos y trabajábamos en las minas? ¿En dónde está vuestro martirologio?

¿Qué clase de tradicion os une, pues, con Jesucristo? Nosotros estamos unidos á El por una cadena á la que , empezando por Pedro y acabando, hemos dicho mal, continuando hasta hoy en Pio IX, ni un anillo le falta. De todos los Papas sabemos el antecesor y el sucesor: llenamos los siglos sin que podais mostrarnos interrupcion ó solucion de continuidad. ¿Y vosotros? no estuvisteis con nosotros ni contra nosotros en el martirio, ni en la victoria de Constantino, ni en la confusion y desbarajuste de las invasiones bárbaras, ni cuando poblábamos la Tebaida de ermitaños, ni cuando cubríamos de monasterios y catedrales la Europa, ni cuando nos lanzábamos sobre el Oriente con la cruz roja en el pecho, ni cuando en los concilios defendíamos el dogma y asentábamos la disciplina, ni cuando evangelizábamos al lado de Colon y Cortés las tribus del Nuevo-Mundo. Nadie os conoció antes de Lutero, porque no existiais antes de él, porque no podeis invertir la ley de que el hijo sea posterior á su padre. ¿Por qué, pues, os llamais cristianos si quince siglos os separan de Cristo? ¿Por qué os llamais descendientes de Cristo si no lo podeis demostrar con vuestra genealogía? ¿Qué tiene que ver con vosotros Jesucristo? Lo mismo que con Mahoma, que aun anduvo más cerca de Él, y le respetó más que vosotros. Llamaos, pues, luteranos, como los otros mahometanos, y no nos vengais con ese trueque de nombres, que al trasluz se os cono-

ce la farsa. Nosotros somos los verdaderos hijos y herederos de Cristo. Nuestro árbol genealógico es la historia entera; nuestro solar es el Calvario. Vuestra historia solo tiene tres siglos y medio; nuestro punto de partida es la plaza de Wittemberg.

¿Parécete, amigo lector, que puede contestar á esas reflexiones el protestante que tenga en algo el valor de los documentos históricos? Por mi parte creo firmemente que no, y dudo que haya luterano de buena fe que ante ellas no sienta vacilar todo el edificio de sus falsas creencias. Pero, en fin, sea de esto lo que fuere, es lo cierto que los protestantes tienen sobrada razon para desentenderse de su verdadero origen, ó envolver á lo menos entre nubes cuanto tiene relacion con el oprobio de su nacimiento: otro tanto hace cualquier desgraciado inclusero. El protestantismo tiene padre, es verdad, porque nadie nace sin ellos; empero son padres tales que avergüenzan á los hijos á quienes dieron el sér; son padres cuyo apellido nadie se atreve á continuar en la propia firma, porque sacan los colores al rostro. Hé ahí la altísima razon por la cual rehusan nuestros enemigos llamarse con su verdadero nombre de luteranos, que es en rigor su apellido de familia. Hé ahí su empeño en llamarse cristianos reformados, protestantes, etc., todo menos hijos de Lutero.

Y para que con más claridad lo veas, y puedas por tí mismo juzgarlo, voy á intentar un sencillo bosquejo de la fisonomía moral de este personaje, tomando los rasgos de ella de historiadores protes-

tantes, á fin de que no te sea sospechosa mi imparcialidad. No lo diré todo, no, libreme Dios; que al cabo este papel han de leerlo tal vez tu esposa y tus inocentes hijas, y el retrato al natural de los jefes reformadores no podria mirarlo sin peligro la doncella cristiana.

El año de 1484 es célebre por el nacimiento de Lutero. Vigilia del glorioso san Martin vió la luz primera el *gran* reformador, y bautizado el dia siguiente, recibió el nombre de aquel héroe insigne del Catolicismo. Nada de particular ofrecen sus mocedades, como no sea el acontecimiento que motivó su entrada en la vida religiosa. Un rayo que hirió de muerte á un compañero suyo con quien paseaba decidió su vocacion, y le condujo á las puertas del claustro, profesando en la célebre Orden de los Padres Agustinos. El jóven novicio pudo ser citado como modelo de fervor y de austeridad, y distinguióse muy particularmente por su aprovechamiento en las ciencias eclesiásticas. Tal vez fué el demonio del orgullo, y del orgullo de la ciencia, que es el peor, el que empezó á posesionarse de aquel corazon impetuoso. Es lo cierto que en las pacíficas lides de escuela reveló ya el jóven teólogo algo de aquel carácter violento y descomedido que, despues de su perversion, le hizo ridiculo é inaguantable aun á sus mismos amigos. Con este precedente, al parecer de poquísima trascendencia, explicará fácilmente todo lo demás quien acertare á poseer de las miserias del corazon humano un mediano conocimiento. En 1516 publica

Leon X su célebre bula de indulgencias, concediéndolas á los que piadosamente contribuyeren á la ereccion de la grandiosa basílica de San Pedro, monumento en el cual se creyó interesada la honra de toda la cristiandad. La predicacion de dichas indulgencias encomendóse por la Santa Sede á los Padres Dominicos. Creyóse desairado el teólogo agustino con esta, á su parecer, injusta preferencia (1520), y empezando por atacar aquella disposicion, atacó luego las mismas indulgencias, negó en seguida la facultad de concederlas, puso luego en tela de juicio la supremacía del Pontífice que las concedia, y una vez en esa pendiente resbaladiza, el despecho y la insensatez consumaron la obra que comenzó el orgullo. Apercibióse el Pontífice del escándalo, y despues de inútiles negociaciones para obtener de Lutero una retractacion, que varias veces prometió y otras tantas rehusó con especiosos pretextos, tronó sobre la cabeza del perturbador el anatema del Vaticano. Lutero, preso ya del vértigo que le ciega, toma la bula que le condena, y va y quema el documento pontificio en la plaza pública de Wittemberg. No hubo aquí plan premeditado, ni fueron menester largas vigiliass ni profundas elucubraciones para que se diese á luz la escandalosa herejía; bastáronle al rebelde, como á Lucifer, una humillacion real ó soñada por único motivo, un grito de odio como único programa. La obra de iniquidad estaba consumada, y el protestantismo en campaña.

En alto ya la bandera de insurreccion contra la

Iglesia, lo procedente fué reunir parciales, formar ejército. Fácil tarea. Lutero sabia el secreto de proporcionarse secuaces entusiastas y decididos. No parece sino que pudo aprenderlo de los modernos directores de pronunciamientos. A los pueblos: «Sois libres; lo que vosotros penseis, esa es la verdadera doctrina: lo que querais hacer, esa es la verdadera moral.» A los príncipes: «Sois dueños de todo. Nadie puede pedir os cuenta de vuestros actos; los bienes de la Iglesia os pertenecen.» A los monjes y clérigos relajados: «Abajo los votos; vuestra castidad es un absurdo; la penitencia una necedad.» Y al grito mágico de libertad en todo y para todo, los príncipes alemanes echaron mano á los bienes de la Iglesia, verdaderos padres de la familia de desamortizadores é incautadores, despues tan numerosa y aprovechada; los pueblos la emprendieron contra los señores y caballeros, primeros ensayos del socialismo moderno en las regiones del Norte; finalmente, clérigos y monjes de dudosa santidad diéronse á matrimoniar, dejando á un lado con los antiguos hábitos los antiguos escrúpulos. Nuestro Martin animaba la broma y el jolgorio con su tan celebrado axioma: *Pecca fortiter, et crede fortius*: «Peca mucho, con tal que creas mucho más.» ¡Felicísima invencion, ingenioso salvoconducto para autorizar todo exceso! ¡Viva la fe sola, muy cómoda ciertamente cuando no hay obligacion de creer sino lo que se quiere!

En honor de la verdad hay que consignar que la vida del reformador fué consiguiente á la doctrina

que predicaba. No puede culpársele en esto de inconsecuencia. Alcemos, si te place, amigo lector, un cabito siquiera del velo que cubre las brutalidades del monje reformado. Era ya de edad algo avanzada. En uno de sus libros habia sentado una máxima que no quiero traducir: *Ut nemo potest cibo vel potu carere, sic fieri nequit ut aliquis à muliere abstineat*. Apoyado en ella enamoróse de Catalina Boré, desdichada religiosa que habia pronunciado sus votos cinco años antes en el monasterio de Nimptschen, de la Orden de san Bernardo. En día de Viernes Santo, á las once de la noche, sacóla de su retiro con otras ocho compañeras el gobernador de Turingia, Leonardo Kæppen, llevándosela á Wittemberg, lo cual nos trae involuntariamente á la memoria otras exclaustraciones y otros gobernadores. Hubo dimes y diretes entre Lutero y sus amigos, sobre si debía ó no debía casarse con ella, segun nos refiere en una de sus obras el mismo interesado (1). Mas él, que tendria sin duda su palabra empeñada y algo más aun, segun todas las apariencias, casó definitivamente con ella, verificándose ocultamente la sacrílega ceremonia. Y las apariencias que acabo de apuntar á tu curiosidad, maliciosísimo lector, no tardaron en ser para todos hecho de indudable certeza, cuando á los pocos días de recibida la bendicion nupcial fué madre la desventurada esposa.

Los remordimientos atormentaron desde luego el alma del apóstata infeliz, y el mismo Melancton,

(1) In colloq. Latin., tom. II, *De confugio*.

amigo suyo y hereje como él, vióse en la precision de consolarle (1). Empero no fueron parte para que se detuviese en tan horrible sendero, sino más bien para que en él se encenegase con nuevas y más inmundas brutalidades. Sus conversaciones de sobremesa, verdaderas escenas de bodegon y de burdel, fueron recogidas y publicadas como cosa curiosísima por los mismos protestantes, que son los que peor han dejado la reputacion de su jefe. Forman un voluminoso *in folio* de 1350 páginas, y en todas ellas la obscenidad pasa los límites del más degradante cinismo (2). Puedes formarte una débil idea de sus groseros instintos por la siguiente oracion que se encontró manuscrita en su breviario: «¡Oh Dios! por vuestra bondad proveednos de vestidos, de sombreros, de capotes, capas, terneros, bueyes, cabritos y terneras, de muchas mujeres y de pocos hijos: comer y beber bien es el único medio de no fastidiarse.» ¿No compite aquí lo sacrilego con lo bestial?

Así intentaba ahogar en vino y en liviandades el grito de su alma desgarrada por los remordimientos. En los últimos años de su vida perseguíale con tenaz insistencia el fantasma horrible de su propia condenacion, que venia á perturbarle en la misma embriaguez de sus criminales placeres. Hallábase una noche en el jardin al lado de su des-

(1) Melanchton, Epist. ad Joach. Danserar., *De Luther conjugio*.

(2) Audin, 1 c. p. 212 y siguientes.

venturada compañera, la cual le hacia observar la belleza del cielo estrellado, tan eficaz para calmar las tempestades del corazon. «¡Hermoso cielo! prorumpió amargamente el infeliz, mas no se ha hecho para nosotros.— ¿Pues qué? repuso alarmada Catalina, ¿acaso nos hemos de ver privados de él? —¿Quién sabe? replicó suspirando Lutero, quizá sí, en castigo de haber abandonado nuestro estado. —Pues bien, añadió Catalina, ¿será preciso que volvamos á él?—No, respondió su cómplice; es tarde ya; el carro está demasiado hundido en el atolladero.»

Así debia ser; no podia dejar de cumplirse en él la que ha sido suerte final de todos los grandes apóstatas: la desesperacion. La muerte de Lutero fué tan horriblemente cómica como lo fuera su vida. Falleció á la edad de sesenta y seis años en 1546, victima de una... indigestion... á los postres de un banquete.

Dejemos ahora la historia, amigo lector, que hora es ya de que salgamos á respirar aire más puro. Te he referido de la del fundador del protestantismo los rasgos más salientes: ni podia ni debia descender á pormenores que á tí y á nosotros nos hubieran robado tiempo precioso. Mas sobre lo poco que llevo indicado echémonos á discurrir con calma y sin pasion algunos momentos. ¿Qué clase de reformador es ese que no sabe sino corromper? ¿Qué moral la suya que autoriza tan infames desahogos? ¿Qué vida la de ese apóstol que el protestante honrado no puede sin riesgo poner entera á

la vista de sus hijas? ¿Y qué religion esta que en sus primeros dias, que debieron ser naturalmente los de más fervor, y en sus primeros héroes, en los cuales debemos buscar la más cabal personificación de su espíritu, ofrece tan repugnante espectáculo? Si la comparacion no fuese ya una blasfemia, compárales, te diria, con lo que nosotros te hemos enseñado á venerar; compara al patriarca de la secta, no ya con Jesucristo, ni con su Madre purísima, ni con ninguno de los personajes que figuran en primera línea entre los más esclarecidos de nuestra sacrosanta Religion, sino con el más oscuro y olvidado de nuestros Santos, con cualquiera de estos desconocidos prodigios de virtud de los cuales cada nacion y cada provincia puede presentar numerosos ejemplares. Pero ¿qué? Compárale con el primero de los hombres honrados que encuentres en la calle, hazte á tí mismo la injuria (que no quiero hacértela yo) de compararte al héroe de la embustera Reforma. ¿No es verdad que sientes cierto linaje de orgullo en no parecerle á él? ¿No es verdad que, por grandes que sean tus extravíos, todavía te reconoces *un santo* en comparacion de estos santos protestantes? Si, amigo lector, porque de santos de tal calaña anduvieron llenos en todos tiempos, no ya los templos y altares, sino las galeras y los presidios. Santos tales los encuentras á la vuelta de cada esquina, y de ellos está de fijo mas bien poblada la tierra que los cielos.

Discurre, pues, cuál andará la religion que no tiene otros modelos que proponerte, y la ley cuyo

legislador ha dado de sí tales muestras. ¿Comprendes ahora por qué razon un sentimiento natural de vergüenza impide á los protestantes llamarse luteranos ó hijos de Lutero? ¡Ah! es que á la distancia de tres siglos los escándalos del padre sacan todavía los colores al rostro de los hijos. Despues de trescientos años de prótestantismo la memoria de su autor no ha podido rehabilitarse entre los suyos. —Escucha á propósito de esto una observacion, y sea la última. Los hombres más perversos que registran los anales del mundo han podido ser pintados, á vuelta de muchos siglos, con cierto no sé qué de grande y de ideal que ha podido hacerlos, á pesar de su odiosidad, si no bellos, hasta cierto punto interesantes. Los grandes criminales de la historia y de la mitología han sido presentados en la escena de todos los pueblos, y la poesía ha podido idealizarlos hasta el punto de embellecerlos. Á nadie se le ocurrió jamás hacerle tan buena obra á Lutero, porque ella es de suyo imposible. Lutero más que un tipo es una caricatura: la imaginacion más atrevida jamás logrará hacer de él un héroe de tragedia; á lo más sacará de él un héroe de sainete. Esta misma idea hubo de ocurrírsele al célebre protestante Erasmo, quien en un momento sin duda de mal humor, ó cansado tal vez de su mujer, dejó estampadas para enseñanza de la posteridad estas significativas palabras: «Nuestra Reforma parece haber tenido el solo objeto de las comedias, en las cuales todo el mundo acaba por casarse.»

IV.

Prolija por demás sería mi tarea, amadísimo lector, y correría con ella gravísimo riesgo de fastidiarte, si destinase para cada uno de los héroes del protestantismo un capítulo entero de la presente obrita. Los santos ó santones luteranos son en todo tan parecidos al modelo que has tenido ya ocasion de admirar, que, ó mucho me equivoco, ó esta galería de retratos vendría á parecer más bien una coleccion de copias de un mismo original. Sin embargo, ¿quién resiste á la tentacion de darte una idea, aproximada al menos, de la corrupcion y cieno en medio de los cuales brotó y se desarrolló el árbol del protestantismo? ¿Qué amigo de la verdad dejará de dar la importancia debida á esa prueba magnífica, brillante y decisiva de la excelencia de nuestra divina religion católica, esto es, la perversidad y bajeza de sus viles enemigos! Argumento negativo es ese, empero de fuerza poderosísima, y sobre todo, argumento de sentido comun, y ya sabes que á tales argumentos doy aquí la preferencia. Argumento manual, vulgar, tangible, al alcance de todos los entendimientos, aun de los que ignoren la existencia misma de la lógica y del raciocinio. Argumento que el mismo Salvador del mundo no se desdeñó de apuntar á la sencilla inteligencia de las turbas que le rodeaban en sus predicaciones, cuando decia de los falsos profetas: *Por sus frutos los conoceréis.* Argumento, por fin,

que el género humano guiado por un cierto instinto de verdad que es fuerza reconocer en el hombre, ha seguido aplicando como criterio segurísimo para discernir en todo tiempo las buenas de las malas doctrinas. ¿Qué recurso queda, pues? Sencilísimo. No destinaré para cada reformador un cuadro entero; pintaré algunos en grupo en un solo lienzo, como Dios me dé á entender. Eso ahorraré yo de trabajo y tú de paciencia, alcanzando sin embargo mi propósito de que puedas dar razon de la fealdad de cada uno de los principales, si por dicha te sucediese tener que habértelas con algun oficioso panegirista de su sin par hermosura. Maños, pues, á la obra.

Émulo de Lutero, y propagador de su herejía y de sus escándalos en Suiza y Francia, fué Juan Calvino. Bebióla en Orleans de un profesor de griego, emisario secreto del apóstata de Wittemberg. La juventud de Calvino fué escandalosamente corrompida. Acusado y convicto del crimen infame de sodomía, fué marcado en las espaldas por sentencia del tribunal de Noyon con el hierro candente, por lo cual se le llamaba con el apodo de *el marcado*. Y cuenta que ningun historiador protestante ha tratado de poner en duda esta nota infamante, que nuestros primeros apologistas echaban ya en cara al reformador: entre tanto pretendia en Paris una prebenda eclesiástica de pingües réditos, que hubo de conferirse finalmente á un su rival. Calvino habia jurado encender, si no la obtenia, discordia tal, que por más de quinientos años se hablase

de ella en la Iglesia francesa. Y hé ahí el origen de su apostolado protestante.

Lo que caracteriza á Lutero es, como viste, amigo lector, su inmensa bajeza; lo que caracteriza á Calvino es su inmenso orgullo. Predicaba como aquel la libre interpretación de la Biblia, y á los que no aceptaban la suya, regalaba con los piropos de puerco, asno, perro, caballo, borracho, rabioso y otros más propios de las contiendas mujeriles que de la discusión científica. Oigámosle discutir con su contrincante Westfel, aunque también hereje: «¿Me entiendes, perro? Tu escuela no es más que una pocilga. ¿Me entiendes, frenético? ¿me entiendes, gran bestia?» Y este hombre se alzó, amigo mío, en nombre de la tolerancia, de la libertad de pensar y otras lindezas. Es verdad que no siempre se contentaba con tan suaves argumentos. Ejerciendo una verdadera tiranía en Ginebra, cuyas autoridades le eran adictas, hizo quemar allí á fuego lento al médico español Servet, también protestante, que no convenía empero con él en uno de sus puntos de doctrina. Calvino asistió desde un balcón al espectáculo, gozándose en insultar con groseros dictérios las horribles agonías de su infeliz correligionario. Ni más ni ménos, pueblo sencillo, que los que te predicán libertad de *asociación* y te disuelven si te *asocias* para la caridad ó para la religión; y libertad de cultos, y te derriban el templo; y libertad de sufragio, y te dan de palos si tienes la humorada de votar á quien te da la gana. Lo cual es indicio de cierta consanguinidad ó

parentesco entre los apóstoles de allá y los apóstoles de acá. ¡Cuando hay quien asegura que *de casta le viene al galgo el ser rabi-largo!*

No hay hereje sin mujer, ha dicho un sábio de buen humor y de buen sentido; y esta sentencia, que no es sentencia sino refran, es tan exacta como suelen serlo todas las de este sábio autor de los refranes, que se llama sentido comun. Calvino no debió de tener grande empeño en desmentirlo. Enamoricóse furiosamente de una tal Idaletta, hermosa jóven anabaptista; y como su moral no pecaba de escrupulosa, el reformador vivió *amistosamente* con ella muchos años, reduciéndola á profesar sus mismos errores.

Finalmente, una enfermedad vergonzosa, cuyos detalles no son para referidos aquí, acabó con las aventuras del súcio impostor. Oigamos á Schluselberg (historiador protestante): «Desesperado de su salvacion, invocando á los demonios, jurando, blasfemando y prorumpiendo en espantosas imprecaciones, exhaló miserablemente su alma malvada (1).» Haren, discípulo del heresiarca y testigo de sus últimos momentos, confirma lo mismo: «Calvino, acabando sus dias en la desesperacion, murió de enfermedad súcia y vergonzosa, atormentado y corrompido antes de morir; lo que me atrevo á afirmar porque ví con mis propios ojos su trágico y funesto fin (2).»

(1) *De Teolog.* Calv. lib. II, fol. 72.

(2) *In libello*, de cit. calv.

Zwinglio era párroco de Zurich. Celoso como Lutero de que el Papa hubiese encargado á otro que á él la predicacion de las indulgencias en Suiza, emprendiolas contra la autoridad pontificia, el sacramento de la Penitencia, el pecado original, los votos, el celibato eclesiástico y las abstinencias. ¡Terrible coincidencia, que habla más elocuentemente que todos los discursos! Ninguno de ellos se alzó contra el libertinaje ó la liviandad, todos contra la mortificacion y las privaciones. ¡Durillo se les hacia por lo visto el celibato á los clérigos reformadores! Dióse prisa nuestro párroco á casar con una viuda jóven, rica y despreocupada, á quien no parecieron obstáculo los votos y órdenes sagradas del novio. Encendió con sus apasionadas invectivas la guerra civil en los cantones helvéticos, y murió en un encuentro á manos de un soldado enemigo que le halló herido en el campo de batalla.

Enrique VIII es el introductor del protestantismo en Inglaterra, donde lo estableció con el nombre de anglicanismo. Fué en su principio defensor celosísimo de la autoridad pontificia, y escribió contra los errores de Lutero una obra que honró no menos á su fe que á su talento. Hay en efecto en ella párrafos notabilísimos que copiaría de buena gana si pudiese dar más extension al presente artículo. El original se conserva todavía en el Vaticano, y tiene en su portada, á modo de dedicatoria, un dístico ó verso latino, que traducido dice así: «Leon X, Enrique rey de Inglaterra os envia esta

obra en testimonio de su fe y prenda de su amistad.»

¿Cómo, pues, pudo convertirse súbitamente en enemigo de la Iglesia ese tan ardiente paladin de ella? La historia de siempre, amigo lector, la historia de siempre. Recuerda otra vez la profunda sabiduría del refrán.

Diez y ocho años había que estaba casado Enrique con Catalina, y había obtenido de ella prole numerosa. Ocurriéronse entonces ¡oh conciencias timoratas! ciertos escrúpulos acerca la validez de su matrimonio, sobre todo desde que cierta dama de su palacio, por nombre Ana Bolena, empezó á parecerle por su juventud y hermosura más digna de participar de su tálamo real que la infeliz Catalina, entrada ya en años y un si es no es achacosa. Es verdad que el rey no se hubiera decidido á divorciarse de su mujer, si su amiga se hubiese contentado con serlo como otras lo habían sido; empero Ana Bolena, cuyo móvil más que el amor era la ambicion, no se daba por satisfecha con menos que con el título y tratamiento de reina. Era, pues, necesario desbancar á la infeliz Catalina, y la infame favorita solo con esta condicion queria acceder á los deseos del Rey. Este solicita de Clemente VIII la anulacion de su primer matrimonio. Niégase el Papa con teson á decretar lo que reprueba su conciencia y prohíbe la ley de Dios. Amenaza Enrique con una ruidosa separacion, y la Iglesia, á quien se ha acusado de servil adulatora de los reyes, consiente en ver desgarradas de su seno

sus más hermosas provincias antes que ceder un punto de su doctrina, antes que pisotear la dignidad del matrimonio cristiano. Por donde se ve también que el sublime *Non possumus* de Pío IX, que con tanta rabia de su corazón han de tascar los modernos reformadores, no es cosa nueva en la Iglesia de Dios, ni es invención de nuestro gran Pontífice. Es el grito de *atrás* que los Papas, centinelas de la verdad y de la moral, han lanzado en todos tiempos al rostro, ya de los reyes, ya de los pueblos, cuando pueblos ó reyes han creído poder sobreponerse á los principios eternos de verdad que representa el Catolicismo.

Desechada la inicua petición de divorcio, Enrique rompe abiertamente con la Iglesia, constituyese á sí mismo jefe espiritual de la de Inglaterra, y se declara libre del primer matrimonio. Ana Bolena sustituye á Catalina. Es verdad que el galante esposo, cansado de la segunda mujer como de la primera, la acusa poco después de adulterio (acusación tal vez no infundada, pero ridícula en boca de un esposo adúltero), y manda decapitarla. Otras cinco sucedieron á la desgraciada, y tuvieron suerte análoga.

Pues bien: hé ahí las poderosísimas razones que arrancaron de la unidad católica á la Gran Bretaña. Una vez levantada la bandera de rebelión, no anduvo más escrupuloso el Rey en los medios de sostenerla. Desamortizó monasterios y abadías, y recompensó con ellas las apostasías de sus palaciegos; incautóse de imágenes y alhajas; proscribió el cul-

to; persiguió de muerte á sus ministros; abrasó en la hoguera hasta las reliquias de los Santos. Destruyó, en una palabra, el catolicismo inglés por el simple antojo de cambiar de mujer. ¡Oprobio eterno sobre el protestantismo inglés y su introductor!

Mas á pesar de todo la herejía no se hubiera arraigado en Inglaterra: las viejas tradiciones del país despues del primer momento de sorpresa hubieran prevalecido sobre las innovaciones del cisma á no haber ocupado el solio de Enrique VIII la por tantos títulos célebre Isabel. Esta mujer, á quien Mad. Stael ha llamado con no menos gracia que exactitud *Tiberio hembra*, ofrece un conjunto tal de crueldad, hipocresía, lascivia y perversidad, que difícilmente se hallará en la historia del mundo tipo más odioso. Quería se la llamase la reina *virgen*, y solicitaba esta inscripcion para su sepulcro, á la par que escandalizaba á la nacion con el espectáculo de su incontinencia, llenaba el palacio de bastardos, y legaba á la historia los nombres de ocho maridos, que, como los de la Samaritana, pudieron mejor ser llamados amantes. Una ley dada por ella, y registrada aun en los códigos ingleses, hizo extensivos á los hijos naturales, *de cualquier padre que fuesen*, los derechos á la sucesion Real; y uno de sus artículos declaraba reo de lesa majestad al que tratase de disputar á tales hijos este derecho. Esto nos da la medida de su pretendida honestidad.

Tocante á su crueldad é hipocresía, ¿quién ignora la historia de aquella interesante María Stuart, tan bella como buena, y tan buena como desven-

turada? Isabel ofrece un asilo en su palacio á esa infeliz princesa fugitiva de su reino de Escocia: la hace luego su prisionera, la sume en el fondo de un calabozo por espacio de diez y nueve años, la llena de calumnias para que ni siquiera su nombre pueda pasar sin oprobio á la posteridad, la manda finalmente procesar por jueces vendidos á sus infames proyectos, y acaba por mandar se le corte la cabeza en el mismo calabozo en presencia de un escogido número de convidados. Cúmplase la sentencia, y al serle comunicada su ejecucion afecta la afliccion más profunda y ordena á la Corte vestirse de luto. Y nos dicen los mismos historiadores protestantes, que la gravísima razon de Estado que motivó tales horrores era finalmente una miserable cuestion de tocador. ¡Maria, amigo lector, era más hermosa que Isabel, y además era católica!

Por lo que hace á nuestra Religion, Isabel no tuvo más miramientos con ella que con su desgraciada parienta. La sangre corrió á torrentes por todo el suelo británico. Los Jesuitas vieron inmoldadas allí algunas de sus más preciosas víctimas. Oír misa y confesarse eran crímenes horribles. Inauguróse entonces aquel sistema de vejaciones que ha deshonrado á la Inglaterra hasta nuestros mismos días, en que se ha obtenido la llamada *emancipacion* de los católicos, como se hablaría de la emancipacion de los esclavos. ¡Y esto para plantear el protestantismo, que al fin es la religion de la libertad!

Lutero, Calvino, Zwinglio, Enrique VIII é Isabel son las grandes figuras del protestantismo, son sus

apóstoles, son sus santos padres, son lo que entre nosotros Pedro y Pablo, Agustín, Jerónimo y Bernardo. Constituyen la edad heroica y brillante del protestantismo; esta es su primitiva iglesia; estos sus prodigios de virtud, sus modelos de santidad. ¿Te ries, amigo lector? Es verdad que no hay para menos. Y cuenta que no hemos tratado de hacer historia (como se dice), si solo de extractarte de ella algunas páginas; que si minuciosamente debiésemos contártela, otros trapitos saldrian á relucir, que ahora abandonamos á la curiosidad de los más desocupados. Carlstadio, Melancton, Ecolampadio, Beza, Bucero, Volsey y Crammer nos ofrecerian una crónica de aventuras, entre escandalosas y extravagantes, la más digna de servir de *Flos sanctorum* á esa inmunda comedia del protestantismo.

Voy á dar fin á este parrafillo con una observacion que de propósito he guardado para que haga, con el enemigo que estamos trasteando, el oficio de *cachetero*, y sea ella quien le dé el golpe de gracia. Es muy regular que nuestros enemigos se conociesen muy mucho, aun más de lo que les conoce esta sagacísima indagadora de vidas ajenas que se llama *historia*. Al fin anduvieron muy juntos, tratáronse de cerca, como lobos que eran de una misma camada. Pues bien; sea que realmente llegasen á penetrarse el uno al otro muy á fondo, sea, y tampoco es suposicion aventurada, que nunca anduvo de sobras entre ellos la caridad, es lo cierto que cada uno ha dejado consignadas, acerca el carácter y vida de su cofrade, apreciaciones tan severas,

por no decir tan crueles, como las que pudiéramos jamás permitirnos nosotros, que somos sus más cordiales enemigos. Hé aquí lo que de Lutero dice su colega Calvino: «Verdaderamente Lutero es muy vicioso. ¡Ojalá cuidara, por nuestro honor, de reprimir su incontinencia! ¡Ojalá se ocupara más de conocer sus vicios!» ¿Qué tal, amigo lector? ¿qué te parece del informe? Pues ahí está Zwinglio que no deja mejor parada la reputación de su maestro: «Cuando leo un libro de Lutero, dice, paréceme ver un cerdo inmundo (sic) gruñendo y marchitando las flores de un hermoso jardín; con esa misma indecencia habla Lutero de las cosas santas.» Es verdad que el maestro Lutero se desquitó contra su discípulo con la misma delicadeza de formas: «Zwinglio se figura ser un sol para alumbrar el mundo, cuando no arroja más luz que... *stercus in lucerna*.» Tradúcelo tú mismo, amigo lector, si puedes con ello tu olfato. Peor es meneallo.

Wolmar, maestro de Calvino, decía de este: «Calvino es violento y perverso. Tanto mejor. Es el hombre que convenia para nuestro negocio.» Bucero, mal fraile, y como todos los suyos mal casado, añade: «Calvino es un verdadero perro rabioso: es un mal hombre.» Y Beza: «Calvino no ha podido jamás habituarse ni á la templanza, ni á las costumbres puras, ni á la veracidad: ha permanecido sepultado en el lodo.» Por lo cual no es extraño que Lutero resumiese todo lo referido diciendo con una franqueza y brutalidad que encantan las siguientes palabras poco antes de su muerte: «A la verdad, somos unos bribones.»

Estas pinceladas le faltaban á nuestro cuadro. Los comentarios los harás tú mismo por cuenta propia, despreocupado lector, pues á la verdad se nos acaba el papel y tal vez la paciencia. ¿Quién es el necio ó el desvergonzado que osa proponerte tales hombres por jefes y modelos de religion? ¡Religion de cieno que pretende sustituir á nuestra Religion del cielo! ¡Religion que tiene del mahometismo la brutalidad, y del judaismo actual la vil hipocresia! ¡Religion sin fe y sin moral, y de consiguiente, sin doctrina y sin costumbres! ¡Religion sin pudor, hija del consorcio infame del orgullo y de la lujuria, dignísimos padres de tal hija! ¡Y con esto te proponen que cambies, pueblo español, tu catolicismo de diez y nueve siglos, por el cual el heroismo de la virtud ha llegado á ser espectáculo cotidiano, y la sublimidad del sacrificio práctica comun y ordinaria de un gran número de almas! La religion de Lutero, Calvino y Catalina Boré tiene la loca pretension de oponerse á la religion de Luis Gonzaga, Vicente de Paul y Teresa de Jesús! ¡Ah! el sentido comun no tiene aquí por punto final más que una inmensa carcajada de desprecio.

V.

¿Á dónde va el protestantismo?

El protestantismo no es enemigo temible como sistema de religion, sino como palanca ó puente para pasar cómodamente por él á la incredulidad ó á

la indiferencia. Puede causar y está de hecho causando (y por esto le combatimos) grandes estragos en el Catolicismo, empero el raciocinio y la experiencia nos atestiguan que entre las ruinas que esparce no alcanzará un solo adepto. En la actualidad su sistema de propaganda no es catequizar segun su doctrina, sino desacreditar y torcer para esto la significacion de la nuestra.

En todas las publicaciones (libritos por lo regular y hojas sueltas) que ha puesto en circulacion durante el desastroso periodo que atravesamos, apenas hemos sabido hallar jamás la afirmacion explicita de una creencia buena ó mala, ni la recomendacion de una práctica, siquiera sea insignificante. *No os confeseis; no veneréis imágenes*, — á la Madre de Dios casi nunca se la ataca directamente, témesese sin duda tocarle al pueblo español ese registro; — *reitos del celibato, de la misa, del purgatorio, etc.* ¡Cobardes enemigos! ¡Decidnos de una vez el *credo* que profesais, y no os contenteis con atacar el nuestro! ¡Si tan mal anduvimos hasta aquí con nuestras creencias, enseñadnos por favor las vuestras, eternos declamadores, y sabrémos á qué atenernos respecto de ellas, como lo sabemos ya respecto de vuestras personas!

¡Vana pretension, amigo lector! Jamás bajará á ese terreno el protestantismo, porque carece de armas con que luchar en él. Hubo un día en que lanzó á la arena contra los nuestros sus teólogos y polemistas, y ensordeció las universidades de Europa con sus libres interpretaciones y peregrinos silo-

gismos. Y los nuestros no faltaron por cierto en el sitio del combate, y esgrimieron contra la herejía toda suerte de armas con valor y con indisputable ventaja. Hoy esta lucha ha debido cesar, porque nuestro enemigo, flaco ya para batirse en regla, se ha dado á la innoble tarea, no de enseñar, sino de corromper, introduciéndose á retaguardia de los revolucionarios de todas las naciones para espigar, digámoslo así, en el campo por ellos devastado. Estas han sido sus brillantes campañas en Bélgica, Italia y España. Es lo natural. El protestantismo ha sembrado con su *libre exámen* la revolucion en Europa. La revolucion, emancipada hoy de su madre, despreciándola y renegando públicamente de ella, le permite no obstante recoger, como por compasion, parte de sus despojos. ¿No es así, amigo protestante?

A esto ha venido á parar la que tan pomposamente se dió el nombre de Reforma. Dividida esta secta hasta el punto de ser inaveriguable su última division aun á la estadística más sutil y curiosa, es en la actualidad lo que una feroz serpiente, cuyos restos destrozados conservan algun tiempo despues de su separacion cierto movimiento convulsivo, que apenas puede ya llamarse vida. En pos de esto la putrefaccion y luego el olvido. A ver si logramos darte una débil idea de esta infinitesimal division, ó llamémosla mejor, descomposicion.

Ya en los primeros dias del protestantismo, cuando alborozados los rebeldes con sus fáciles triunfos pregonaban la eternidad de su obra y la ruina,

próxima del Catolicismo, pudo un ojo medianamente observador descubrir allí los gérmenes harto manifiestos de su futura disolución. Sabido es que Lutero, Calvino, Zwinglio y los de Inglaterra jamás anduvieron acordes en sus interpretaciones individuales, por donde después de una cruda guerra de escritos y algo más, los protestantes pudieron ya dividirse en luteranos, calvinistas, zwinglianos y anglicanos, con prácticas distintas, distinta profesión de fe, solo acordes en odiar al Pontificado. Ya Lutero escribía contra Zwinglio: «En vista de la diversidad de sentido en que se interpreta la Biblia, pronto será necesario, por el interés de la unidad religiosa, que recurramos otra vez á los concilios.» Calvino por su parte decía á Melancton: «¿No es altamente vergonzoso que, hallándonos en guerra abierta con el mundo entero, estemos desunidos apenas empieza la Reforma?» A lo cual contestábase desesperado su cofrade: «El Elba no lleva bastante agua para limpiar las faltas y miserias de la Reforma. Cosas las más importantes se ponen en duda: el mal es ya incurable.»

Con estos precedentes, lógico es deducir lo que por necesidad había de ser el protestantismo á vuelta de algunos años. Nueva Babel ó lugar de confusión, en que la diversidad de opiniones sin autoridad ni criterio fijos para determinar su veracidad habían de producir cada día nuevos delirios. Verdadero campo de Agramante, en el cual lucha cada uno por su cuenta y riesgo, sin bandera común, sin plan ni pensamiento unánime, cada uno contra todos y

todos contra cada uno. Desde los que más léjos han llevado el ejercicio del *libre exámen*, poniendo en tela de juicio la misma existencia histórica de Jesucristo, hasta los puseistas de Oxford, á los cuales solo un paso falta dar para volver otra vez al Catolicismo, ¡qué infinita variedad de sectas! ¡qué graduacion de matices! Un periódico de Nueva-York en 1857 hacia subir á setenta y cuatro el número de comuniones protestantes establecidas en aquella ciudad.

Póngote á continuacion los nombres de las principales sectas, tomados de un lugar nada sospechoso, y advertimos que entre ellos apenas se encuentra uno de los referidos entre los setenta y cuatro de que acabamos de hablar, como los anabaptistas, baptistas, nuevos baptistas, baptistas libres, baptistas separados, baptistas rígidos, dunkers, glásilos, etc., etc., etc.

SECTAS PRINCIPALES DE LOS PROTESTANTES.

Anglicanos, colegianos, hacientes, lagrusiantes, indiferentes, multiplicantes, bramantes, cuákeros, skakeros, sumpers, groaners, metodistas, wesleyanos, wifeldianos, milenarios, adamistas, racionalistas, generacionistas, sonthestistas, anabaptistas, adiaforistas, entusiastas, pneumáticos, brownistas, interimistas, menonitas, berboritas, calvinistas, evangelistas, labadistas, luteranos, luterocalvinistas, bautistas, luterobautistas, universales-bautistas, menicerianos, sabbaritanos, puritanos, arme-

nios, socinianos, zwinglianos, colonio-zwinglianos, osiandrianos, lutero-osian-drianos, stanerenianos, presbiterianos, antipresbiterianos, lutero-zuinglianos, syncretinianos, synerginianos, ubiquistianos, pietistianos, bonakerianos, versechorianos, latitudinarios, cesederianos, cameronianos, filisteos, mariscalianos, hopkinsinianienses, necesarios, edivarianos, priestlianos, veliefcecedrianos, burgerienses, antiburgerienses, beneanianos, ambrosianos, moravios, monasterianos, antimonienses, anomenios, munsterianos, mamilarios, clancularios, grubenharios, staberios, bacularios, nuperales, sanguinarios, confesionarios, unitarios, trinitarios, antitrinitarios, convulsionarios, anticonvulsionarios, impecables, alegrines, asperones, taciturnos, demoníacos, llorones, libres, concubinos, apostólicos, espirituales, olleros, pastoricidas, conformistas, no conformistas, episcopales, místicos, concienzudos, socialistas, puseistas: total 110. Extracto de la obra inglesa titulada: «Guía con objeto de alcanzar la verdad y la felicidad,» pág. 85.

¡Válganos el cielo, curioso lector! ¿Quién tiene paciencia para continuar hasta el fin tan monótona letanía? Con saber que en el protestantismo puede cada cual, tomando una Biblia ó sin ella, predicar nueva fe y prescribir nuevas ceremonias, dicho se está que los cultos y las religiones crecerán allí tan en abundancia como la yerba de los campos, sin que haya capricho ó ridiculez que un día ú otro no puedan ser elevadas á la categoría de religion. Oye sino lo que voy á contarte de la Gran Bretaña, á

pesar de la reconocida ilustracion y buen sentido de aquellos isleños.

Entre las cuarenta sectas protestantes que existen públicamente reconocidas en esta nacion, figura hace pocos años la de los *legumbristas* (*vegetarian society*), cuya historia es la siguiente: Unos cuantos reformados creyeron haber descubierto un texto de la Biblia en el cual se condenaba el uso de las carnes, y decidieron no comerlas en adelante á fin de no infringir el precepto de Dios tan claramente manifestado en las Escrituras segun su libre interpretacion. Diéronse, pues, á proscribir de sus mesas todo linaje de carnes, pronunciando en sus banquetes elocuentes discursos, demostrando ó creyendo demostrar hasta la evidencia, que no hay salvacion posible para la sociedad hasta que deje de cebarse en los animales. Además de que, « no es propio de la dignidad humana, decia uno de ellos, alimentarse de vegetales transformados en carne por la accion digestiva del animal, mientras que este los come tal cual los produce la naturaleza. » Fué celebrada la ocurrencia, y de ella dedujo uno de los sectarios que en adelante los vegetales tampoco debian comerse cocidos, sino crudos, cual los produce la naturaleza, lo cual parecíale al autor de la enmienda más propio de la dignidad humana. Hé ahí, pues, á la nueva religion de los *legumbristas* dividida ya en dos, la de los *crudos* y la de los *cocidos*, pudiendo en lo sucesivo ser mayor cada día la division cuantas sean más en número las diferencias que puedan ocurrir á sus discípulos acerca su preparacion ó condimento.

Así castiga Dios á los que han roto el yugo de nuestra respetable autoridad, entregándolos á la ridiculez de sus insensatos caprichos. ¿Quién extrañará, pues, que la gravedad de esta situación arranque sentidas quejas á los mismos que más interés deberían tener en ocultarla? Oigamos á la *Gaceta eclesiástica* de Berlin (periódico protestante): «Es fácil de probar, como se ha probado ya repetidas veces, que no hay uno solo de nuestros pastores que tenga las mismas creencias que otro.»

De un modo análogo se expresa otra de las celebridades protestantes, el Dr. Planck: «Bien se puede asegurar, sin temor de equivocarse, que no tenemos un solo teólogo que no haya renunciado á algun punto importante de nuestras creencias, reputado tal por los primeros reformadores.»

De Wette, otro autor protestante, tomamos la siguiente confesion: «El protestantismo, cuya union se ha debilitado mucho, y aun quebrantado por la multitud de sectas que se han formado durante y despues de la reforma, no presenta ya como la Iglesia católica una unidad exterior, sino una diversidad compuesta de distintos matices.»

«Confesémoslo francamente, exclama desconsolado un periódico protestantê, nuestra iglesia está tan desgarrada en su interior como en su exterior; reina en ella extrema diversidad de principios y de pareceres; hállase dividida en innumerables sectas y en cortas fracciones.»

«Si Lutero se levantara de su tumba, dice el luterano Reinhard, no le seria posible reconocer por

miembros de su iglesia á los doctores que se dicen sucesores suyos.»

«Si vive aun el protestantismo, escribe Vinet, obispo protestante, es por el fuerte impulso que recibió en el siglo XVI, en la época misma de su nacimiento. Mas este impulso se va acabando por momentos; la trabazon del maderaje se suelta ya y se deshace. El edificio se desmorona por todos lados; las fuerzas accesorias y auxiliares le abandonan; el protestantismo queda desorganizado.»

¿Qué podemos añadir nosotros á testimonios tan elocuentes, tan numerosos, y sobre todo tan imparciales? Nada, sino que, pues los protestantes declaran corrompido y desorganizado el protestantismo, corrompido y desorganizado y muerto debe de estar, si algo vale en todo exámen juridico la confesion de la parte acusada.

Compárese todo esto con la poderosa unidad y enérgica vitalidad que muestra en todos sus actos el Catolicismo. ¿Quién más combatido que él, y no obstante quién sale más airoso del combate? Solo contra el mundo entero, sigue su marcha serena y majestuosa al través de los siglos. Su imperturbable constancia es la desesperacion de sus adversarios. Hoy mismo, rodeado de hostilidad y de contratiempos, pudo reunir un concilio, cuya sola convocacion fué un reto á todas las fuerzas del infierno. A centenares congregáronse los obispos de todos los puntos del globo á los piés de su jefe con un solo anhelo en el corazon, y una sola idéntica profesion de fe en los labios. Y despues que se hubieron

visto, y se hubieron hablado, y se hubieron mutuamente consolado y fortalecido, volvieron todos á sus lejanos países con la misma juventud y varonil energía con que salieron los Apóstoles de Jerusalén para evangelizar al universo. La tan celebrada unidad del antiguo imperio romano era menos universal y menos compacta que esta nuestra unidad. Es que la política de los hombres es á veces muy sabia y muy poderosa, empero es indudablemente más sabia y más poderosa la política de Dios.

¡Cuán pigmeo se queda el protestantismo al lado de estas colosales grandezas de la Iglesia católica! Él, que puede contar con todo el poderío de una nación prudente y afortunada en sus empresas, cual es la Inglaterra; él, cuyos intereses se identifican allí en cierta manera con los del Estado; él, servido por los primeros estadistas del mundo, por el primer poder marítimo del mundo, por la primera asociación comercial del mundo; él, profesado por la nación más rica y más emprendedora, con una civilización la más adelantada, con todos los progresos de la industria, del crédito, de la imprenta, dínos, amigo lector, ¿qué hace? ¿qué señales ofrece de vida? ¿por qué no asombra al mundo con estos espectáculos que tan á menudo le ofrece nuestro pobre y perseguido Pontífice? ¿Por qué no hace postrar bajo su bendición á todos los viajeros del globo? ¿Por qué no los fascina con las maravillas de su culto? ¿Por qué no los atrae con su inmensa propaganda? ¡Ah! ya lo sabemos, ¡harto lo sabemos lo que hace este poderoso protestantismo! Al

amparo de sus cónsules, á beneficio del desharajuste revolucionario, envia á las ciudades católicas como Barcelona apóstoles ó apóstatas de dudosa procedencia, como el celebérrimo de nuestra ciudad, para ilustrarnos con sus folletitos y hojas sueltas, y anunciar la *buena nueva* á las naciones. Y como el apóstol de Barcelona han brillado por su heroica intrepidez y por las maravillas de su predicacion el de Sevilla, el de Cartagena y el de Mahon, etc., etc. ¡Excelentes muestras nos envia por cierto de su poder y esplendor el protestantismo! Cuidado que no hay ya aquí para aterrarle la sombra poderosa de Felipe II, ni arden ya hace años las hogueras de la Inquisicion. Venga acá sin temor y sin riesgo. No ha de faltarle el apoyo oficioso y oficial de más de un católico de nombre. Convénzanos con sus argumentos y deslúmbrenos con su majestad. Muestre quien es, y tal vez seamos suyos!

Es verdad que lo que el protestantismo no ha logrado ni lleva trazas de lograr entre nosotros, lo viene consiguiendo entre los protestantes el Catolicismo. El apostolado de la Iglesia católica y la fuerza secreta del Espíritu Santo han penetrado hasta las entrañas de la secta enemiga, y de un siglo á esta parte han arrancado de allí numerosas y brillantes conversiones. Alemania, Suiza é Inglaterra han sentido á pesar suyo obrarse en su seno un renacimiento católico, y de ello son muestras evidentes los muchos hombres esclarecidos que de las suyas han pasado á nuestras filas. El duque de Sajonia, Gotha; Enrique Eduardo, príncipe de

Schoenburg, el conde de Ingenheim, el duque Federico de Meklemburg, el príncipe Cárlos de Hesse-Darmstadt, el duque Fernando y la duquesa Julia de Archalt-Coethen, la condesa Solms-Barent, la princesa Carlota Federica, hermana del príncipe Federico de Meklemburg, son los nombres de otros tantos señores alemanes convertidos al Catolicismo en menos de medio siglo. A él han acudido despues de brillantes estudios y de una reputacion europea justamente adquirida en el teatro de las letras y de las artes, el conde Stolberg, profundo historiador; Werner, célebre literato discípulo de Kant y elevado á las primeras dignidades de su secta, á las cuales tuvo que renunciar con ella; Owerbeck, glorioso jefe de la moderna escuela pictórica cristiana; Federico Schlegel, el profundo crítico, el gran investigador de los monumentos literarios de la edad media, al cual siguieron otros sábios alemanes como Clemente Brentano; el baron Eckstein, Gorres, y el por tantos títulos célebre filósofo y poeta Adan Muller. Suiza nos ha dado los nombres conocidísimos de Raller, Eslinger, Pedro de Joux, y Federico Hurter. Inglaterra nos recuerda sus convertidos de Oxford (la más sábia de sus universidades), Ward, Takeley, Morris, Brown y el insigne Faber, cuyas obras místicas son actualmente la delicia de todas las almas piadosas del Catolicismo. Newman ha dado con su conversion más gloria á Dios y más consuelos á la Iglesia católica, que más lustre dicra antes á la citada universidad, de la cual era una de las principales lumbreras.

Siguiéronle Spencer, Pollen, Capes y Manning, el antiguo enemigo nuestro, hoy arzobispo primado de la Iglesia católica de Inglaterra, dignísimo heredero del inclito Wiseman. Y si quisiéramos recorrer la crónica moderna de los Estados Norteamericanos, sin descender á una enumeracion de las conversiones oscuras, que de ellas está llena la estadística, con solo citar nombres conocidos nos haríamos interminables. Pregúntale en cambio á cualquier protestante, amigo lector, pregúntale por Dios si sabe él católico alguno, de nombradía ó sin ella, que haya pasado del Catolicismo al protestantismo. Con media docena que nos cite daremos por vencidos.

De ahí el inmenso desprestigio en que ha caído el protestantismo á los ojos de todos los hombres medianamente pensadores, sean católicos ó incrédulos. Atiende á una observacion. En las gravísimas cuestiones que dividen en el siglo actual en tan encontradas escuelas á los hombres de nuestra Europa, en la cuestion política por ejemplo, en la cuestion social, sea que discutan en el terreno puramente científico, de los libros, sea que se las ponga en aplicacion por medio de sangrientas revoluciones, á dos solas pueden reducirse todas las soluciones imaginables é imaginadas, á la solucion católica pura y á la solucion racionalista pura. El Catolicismo tiene respuestas para todas las preguntas, el racionalismo las tiene tambien, y por cierto pavorosas; ambos resuelven de un modo radical, absoluto y perfectamente lógico atendidos sus res-

pectivos principios. Por esto el Catolicismo y el racionalismo son los dueños del mundo, y entre ellos solos ha de librarse la final tremenda batalla. Veamos ahora, ¿quién ha encontrado jamás para tantos problemas una solucion protestante? ¡Solucion protestante! Rabian por cierto de verse juntas estas palabras. Como dará *soluciones* el protestantismo, que nada *resuelve*, porque nada puede resolverse sin principios fijos? Así es que nadie ha intentado jamás pedírselas, ni él tampoco ha caído en la tentacion de ofrecerlas. El protestantismo, mudo hoy en medio del universal clamoreo de la discusion que revuelve al mundo, cállase como muerto, sin atreverse á decir esta boca es mia, contentándose con el sistema más cómodo, sí, pero nada glorioso de pasar por todo. Reconoce su esterilidad é impotencia, y los terribles enemigos que infunden nuevo valor al Catolicismo tiénenle á él rendido y acorralado. Y como en nuestro siglo de luchas el que no combate no vive, de ahí el que religiosa y científicamente podamos dar por muerto y bien muerto el protestantismo. No nos espantan, pues, sus fuerzas, sino su corrupcion. Contra esta deseamos vivan prevenidos los católicos españoles.

FIN.

OPÚSCULOS DE PROPAGANDA CATÓLICA,

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, Pbro.

Brevísima idea del Apostolado de la oracion.—24 céntimos de real.

Cosas del día, ó respuestas católico-católicas á algunos escrúpulos católico-liberales.—70 id.

Devoto octavario al dulce Niño de Belen en el santísimo Sacramento.—50 id.

El clero y el pueblo.—80 id.

El voto de consagracion al sagrado Corazon de Jesús.—24 id.

La chimenea y el campanario.—70 id.

La voz de la Cuaresma.—40 id.—Distribuido en siete hojas sueltas, 4 rs. el ciento de cada hoja.

Los malos periódicos.—30 id.

Manual del Apostolado de la prensa.—80 id.

¡Pobres espiritistas!—60 id.

¿Qué hay sobre el espiritismo?—70 id.

Ricos y pobres.—50 id.

Octavario á Cristo resucitado.—50 id.

Los desheredados.—30 id.

A una señora... y á muchas.—30 id.

Las diversiones y la moral.—4 real y medio.

LECCIONES DE TEOLOGÍA POPULAR.

La Biblia y el pueblo: El pueblo y el sacerdote.—24 id.

- Ayunos y abstinencias :** La Bula.— 24 id.
El matrimonio civil.— 34 id.
El Concilio : La Iglesia : La infalibilidad.— 36 id.
El purgatorio y los sufragios.— 30 id.
El culto de san José.— 20 id.
El culto de Maria.— 30 id.
El protestantismo , de dónde viene y á dónde va.— 80 id.
El culto é invocacion de los Santos.— 32 id.
Efectos canónicos del matrimonio civil.— 40 id.
Misterio de la Inmaculada Concepcion.— 24 id.
El púlpito y el confesonario.— 50 id.

TRADUCCIONES DEL MISMO AUTOR.

El Niño Jesús, por Mons. Segur.— 60 id. en rústica y 2 rs. en percalina.

El miedo al Papa, por Mons. Gaume.— 70 id.

Imitacion de Maria, por un monje premonstratense.— 60 id. en rústica y 2 rs. en percalina.

La Confesion y la Comunión, por Mons. Segur.— 80 id. en rústica. Edicion de lujo, 5 rs.

La Pasion, por id.— 50 id.

La secta católico-liberal, por id.— 4 real y medio.

Las anteriores obritas se hallan en venta en la Administracion de la *Revista popular*, calle del Pino, 5, bajos, Barcelona.

Al que tome diez ejemplares se le darán además *dos gratis*.